

## El latín y el inglés como lenguas científicas. Nota comparativa.

J. ANTONIO DÍAZ ROJO

*Titulado Superior Especializado del CSIC*

*Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia*

*(Universidad de Valencia-CSIC)*

Una de las prácticas habituales más extendidas entre los científicos del área occidental es la publicación, de forma casi indiscriminada, de sus trabajos de investigación en lengua inglesa. Incluso son ya numerosas las revistas científicas publicadas en países de habla no inglesa que han adoptado un formato bilingüe inglés-lengua propia, o han adoptado el inglés como lengua "oficial".

El argumento esgrimido por quienes defienden tal postura es la suposición de que los trabajos científicos publicados en inglés alcanzan mayor difusión internacional que los publicados en otras lenguas, dada la condición de *lingua franca* que ha adquirido el inglés, no sólo en los países de la comunidad científica a la que pertenecen los Estados Unidos, sino también en otros países asiáticos, como Egipto, Afganistán, Sri-Lanka, Birmania, India, Indochina, Indonesia, Japón, Corea, etc.

Para apoyar la conveniencia de utilizar el inglés en la comunicación científica escrita, es frecuente buscar una justificación histórica que demuestre que la existencia de una *lingua franca* en el campo de la ciencia no es un hecho novedoso propio de nuestro tiempo, sino que en el pasado también los eruditos se comunicaron en una lengua universal aceptada por todos. Se pretende con ello despejar las posibles dudas y reticencias de los autores y editores que se muestran, por diversas razones, reacios a abandonar su lengua y adoptar

el inglés. A este respecto, J. Vilar afirma en un artículo titulado *El inglés, lengua internacional de la medicina*: "En la Edad Media, el latín, el griego y el árabe fueron las lenguas que permitieron la divulgación del conocimiento." (Publicado en *Medicina Clínica*, 91, 1988, p.23-24). En efecto, las lenguas científicas medievales fueron el latín, en el ámbito del occidente cristiano; el griego, en el ámbito bizantino; y el árabe, en el mundo islámico, incluida la España musulmana. Además habría que añadir el hebreo utilizado en las comunidades judías que habitaban en Europa. En la edad moderna, el latín es la lengua científica de la Europa cristiana.

Sin ánimo de polemizar acerca de la consideración del inglés como "lengua internacional" de la ciencia, el objetivo de esta breve nota es recordar el *status* de que gozaba el latín en las edades media y moderna. Es distorsionante establecer un paralelismo histórico entre la situación del latín en el pasado y el inglés en la actualidad.

El latín en la Europa medieval y moderna era la lengua utilizada preferentemente por los cultivadores del saber académico en su comunicación escrita, e incluso en la comunicación oral dentro del recinto universitario. Esta preferencia se basaba en profundas razones no sólo de tipo pragmático, sino idológicas, religiosas y culturales, que impregnaban toda la estructura del saber.

El criterio jerárquico y estamentalista aplicado en el orden social tenía perfecto correlato en el orden lingüístico. La posición que ocupaba cada lengua en el riguroso sistema jerárquico dependía de su uso y función comunicativa. Dicha posición no se alcanzaba por consideraciones de carácter sociolingüístico, como ocurre actualmente, sino que dependía de una creencia teológica y cuasimetafísica que hundía sus raíces en la tradición bíblica según la cual el latín, el griego y el hebreo poseían mayor dignidad intrínseca, ya que eran consideradas *lenguas sagradas*, puesto que en ellas Dios había revelado la verdad a los hombres, convirtiéndose así en el vehículo de las Sagradas Escrituras. El latín, el hebreo y el griego eran las tres lenguas que, por su sacra dignidad, constituían la base de la enseñanza impartida en los *Colegii trilingui*. Las tres lenguas formaban parte del curriculum del hombre culto, el *homo trilinguis*, es decir, del humanista, que utilizaba el método filológico para la depuración y edición de los textos clásicos de la literatura, la medicina, la filosofía, la ciencia, la teología y el derecho.

El latín escrito renacentista era el *latín culto*, es decir, el empleado por los romanos en las situaciones formales y en la expresión literaria. Junto a él, el *latín vulgar* había sido la variante hablada, esto es, utilizada como lengua coloquial, cuya evolución y fragmentación dio origen a las lenguas romances. La conquista militar y política llevada a cabo por Roma, con la consiguiente romanización, y la expansión del cristianismo habían significado la penetración de la lengua del Lacio en casi toda Europa. La conquista romana había creado una amplia unidad lingüística: la Europa latina, que abarcaba un vastísimo territorio desde Hispania a Inglaterra y a Rumanía, cuya frontera oriental se situaba al este y sur del Rin y del Danubio. La tradición latina eclesiástica que hundía sus raíces

en la alta edad media, se completa con la labor filológica e historiográfica desarrollada por las escuelas de traductores medievales –como la de Toledo, dirigida por el rey sabio Alfonso X de Castilla– y el interés por la cultura y la lengua latinas que se difunde desde Italia por Europa en el transcurso de los siglos XIV y XV, con el movimiento humanista.

El latín literario se convirtió en la lengua científica y filosófica –además de en la lengua de la administración– de la Europa cristiana, mientras que las lenguas vulgares o vernáculas –latinas y germánicas– fueron el vehículo lingüístico de la comunicación coloquial e informal. Esta situación de disglotia se mantuvo hasta finales del siglo XVIII, en que las lenguas vernáculas lograron desplazar totalmente –a excepción de determinados usos eclesiásticos y científicos, como las nomenclaturas botánica y zoológica– al latín como lengua de la ciencia, la filosofía, el pensamiento y la teología. Esta situación privilegiada del latín contribuyó a mantener el universalismo de la cultura europea medieval, herencia de la antigüedad clásica grecolatina reforzada por el cristianismo.

A su vez, las lenguas vulgares alcanzan durante la baja edad media un notable grado de cristalización y emancipación, como expresión propia de las nuevas necesidades comunicativas de la burguesía, clase social emergente a partir del siglo XIII. Esto significó, a pesar de la vitalidad del latín, un lento e irreversible retroceso de dicha lengua, ya en época medieval, fomentado por la desconianza de una parte del clero hacia el latín clásico escrito por autores profanos. Pese a todo, el latín continuó gozando de la primacía en el ámbito académico y administrativo, hecho que lo convirtió en lengua obligatoria para los eruditos. No obstante, durante el siglo XVI existen en España numerosos testimo-

nios de la ignorancia o el escaso dominio del latín por parte de eruditos españoles, que les convirtió en blanco de las críticas y los sarcasmos de compatriotas y eruditos de otros países. Asimismo se produjo una pugna de las lenguas vulgares por desplazar al latín como instrumento de la cultura superior. Los argumentos en favor de la lengua vernácula eran la imposibilidad de dominar el latín coloquial y el absurdo de preferir una lengua ajena a la propia. En España habría que añadir además la condición de "lengua del imperio" que había adquirido el castellano, al convertirse en lengua de relación en los territorios de la monarquía hispánica, multinacional y plurilingüe.

No obstante, en el campo de la ciencia estos intentos encontraron serias resistencias, aunque existen casos de utilización de la lengua vernácula para la expresión científica. Juan Huarte de San Juan, Andrés Laguna o Fragoso son ejemplos de autores que emplearon el castellano en sus escritos científicos.

Junto a estos hechos, el latín no era lengua materna de ningún hablante ni lengua oficial de ningún estado laico, reino o territorio, como ocurre actualmente con el inglés. El latín tenía profundas raíces culturales en toda la Europa cristiana, donde había penetrado en la antigüedad y la baja edad media. Su condición de lengua sagrada le dotaba de un status muy

especial dentro de la jerarquía lingüística, de la que carece actualmente el inglés, que se ha impuesto por la hegemonía militar, política y económica de una primera potencia mundial. Por tanto, tras perder su condición de lengua materna al fragmentarse en las lenguas neolatinas, sólo conservaba el carácter de vehículo de expresión de la cultura superior, hecho que lo diferencia radicalmente de la situación del inglés de hoy día.

Además el latín constituía la materia básica de la enseñanza media en la edad moderna, impartida en las escuelas de gramática o latinidad, así como el fundamento de la formación de las clases privilegiadas que se llevaba a cabo en el propio hogar, bajo la supervisión del ayo o preceptor particular.

Todos estos hechos diferencian radicalmente la situación del latín medieval y moderno del inglés actual. Como señalamos anteriormente, no es nuestra intención adoptar una postura acerca de la conveniencia y oportunidad de utilizar el inglés frente a otras lenguas, sino simplemente matizar el paralelismo histórico que pretende establecerse entre el latín y el inglés con fines interesados. En absoluto hemos pretendido negar la validez y licitud de argumentos sólidos en favor del uso del inglés, o de cualquier otra lengua, en la literatura científica.

